

Elisabet

Elisabet... Todo en ese nombre me gustaba. La ele, que hace deslizar la lengua sobre el paladar. La ese, tan vibrante en los labios. La be, como un beso brevísimo y mudo. La te, llena de fuerza para marcar un espíritu luchador. La i, esbelta como un junco. La a, que llena los pulmones de aire. La e, decidida y práctica. Siempre había sido mi nombre de chica favorito. Otros, en cambio, no me gustaban nada. Jamás podría salir con una chica que se llamase con uno de ellos, ni, aunque fuese la última mujer sobre la Tierra. Así que el día que me presentaron a mi Elisabet fue como si el cielo se hubiese abierto ante mí. Era muy atractiva, una gran conversadora, muy divertida y más o menos teníamos los mismos gustos e intereses. Charlábamos a menudo, o tomábamos un café – en el caso de ella, un té chai, que se ve que es alguna cosa asiática, aunque a mi me pareciese que tenía nombre de teléfono móvil. También quedábamos para ir al teatro, al cine, a museos... Nunca le confesé que su nombre era un gran aliciente para enamorarme día a día. Sospeché que nunca lo entendería.

Aunque hacíamos muchas cosas juntos, aún no habíamos quedado nunca para almorzar o cenar. Sé que puede sonar extraño, pero Elisabet era muy estricta con sus horarios de comidas y con lo que ingería. Era vegana, y francamente, a mí eso de comer a base de hojas de morera como si yo fuese un gusano de seda pues, francamente, no me atraía demasiado. Todavía no estaba tan enamorado como para dar un paso tan importante en mi vida. Y eso que yo como de todo, eh. Bueno, excepto cacahuets, porque soy alérgico. Pero una cosa es comerte una hoja de lechuga intercalada entre la hamburguesa y el queso, y otra muy distinta vivir de eso. Además, se cansó muy pronto de mis preguntas. “¿Pero huevos, comes?” o “¿Y tampoco comes miel? Pero si a las abejas no las matan.”, o bien “¿Y leche tampoco? ¿Ni yogures?”

Un sábado, mientras estábamos de visita en una exposición de cuadros modernos que a ella le entusiasmó, y de la cual yo no entendí ni jota, me propuso invitarme a comer la semana siguiente en su casa. Aquí debería hacer un inciso para describíros la maravillosa casa que tenía. Grande, con un jardín precioso lleno de flores de todos los colores, algunos de las cuales yo había conocido solamente en aquellos cuadros modernos que le gustaban a ella. También tenía un gato chafardero y sinvergüenza, pero a quien quería con locura. El mobiliario era funcional y minimalista, y la decoración, muy chic y original, tenía influencia de diversas culturas, según me había explicado entusiasmada la primera vez que me llevó. En el pasillo, una figura a tamaño real de David Bowie me dio un susto de muerte. Desafortunadamente para mí, Elisabet se dio cuenta y se rio en mi cara sin ningún disimulo. Por suerte, el resto de las veces que fui a su casa le dejé bien claro a *Deivid* que ya no me daba ni pizca de miedo. Y un sótano que hacía la función de cava de vinos. A mí me parecía una casa inmensa, aunque desde fuera aparentase ser normalita.

La semana transcurrió, como transcurren todas las semanas, aunque los lunes nos parezca imposible que el viernes vaya a llegar nunca. Aquel sábado, el de nuestra primera comida juntos, desayuné algo de jamón y longaniza, para poder resistir la falta de carne hasta el día siguiente – confiaba quedarme también por la tarde y que no me despachara a mi casa justo después de comer – pero no probé el pan. Quería llegar con suficiente apetito como para que incluso las hojas de morera me pareciesen un manjar exquisito. Llegué a la hora acordada y ella me dijo que ya lo tenía todo hecho y a punto, que solo necesitaba cinco minutos para poner la mesa. Me ofreció una cerveza y me dejó escoger la música mientras lo hacía. Me entretuve mirando las estanterías de la cocina. Lo tenía todo metódicamente ordenado: los botecitos de hierbas aromáticas

cogidas de su jardín, las especias exóticas compradas en bazares, las legumbres, las mermeladas caseras de sabores variados...

A su vez, cada estantería estaba ordenada en riguroso criterio alfabético.

Con todo a punto, nos sentamos. No obstante, Elisabet se levantó enseguida para bajar a la bodega a buscar una botella de vino de una cooperativa que unos amigos suyos tenían en un pueblo del Priorato. Yo ya había ensayado mi frase sobre el “regusto en boca” y “los aromas florales que desprende” para que pareciese que entendía algo del tema. El plato de pasta me miraba, tentador, sobre el mantel blanco y rosa. Mi hambre ya era irrefrenable. “Si cojo un *rigattonne*, tampoco se dará cuenta”, pensé. No quería que me echase en cara que había empezado sin ella, pero correría el riesgo. Delicioso. Exactamente al dente. Me serví un segundo, y un tercero. Para degustarlos mejor, los bañé generosamente en la salsa que los acompañaba.

Al momento sentí cómo me ahogaba. La salsa. ¿Realmente nunca le comenté que era alérgico a los cacahuetes? Caí al suelo, entre espasmo, mientras intentaba pronunciar su nombre para que viniese a ayudarme. La voz no me salía. Conseguí sacar una e muda.

- ¿Prefieres un vino o joven o añejo? - La voz subía desde la bodega.

-...

-¿Te da igual? Llevaré el joven, si no te importa.

-...

-Comienza a servirte, ya subo.

Mi lengua paseó sobre el paladar, intentando pronunciar la *ele* que jamás llegaría a salir de mi boca. Desde el pasillo, *Deivid* me miraba, riéndose de mí.

Edu Beltran